

RAMON

EL PAÍS
TIENE EL
GOBIERNO QUE
SE MERECE



Si...



¡Y LA
OPOSICIÓN!



NOVELA NEGRA

Hacia 1930, en cambio, se produce un interesante fenómeno: la eclosión de la novela negra, que propondría, sí, una metáfora del mundo, una interpretación de la realidad. La gran contribución de estos maestros a la novela policíaca y a la literatura fue su precisa observación del entorno, la incorporación del realismo, la descripción del medio urbano. Dejaron al margen toda sofisticación y reprodujeron el lenguaje duro de unas vidas tensas y violentas. Extraer el crimen del jarrón veneciano y ubicarlo en el callejón (metáfora con la que Chandler define lo que hizo Hammett) significaba crear tramas reales, motivaciones auténticas para la violencia, recrear el lenguaje de las clases sociales y movillar impulsos y pasiones que representan psicologías.

Este cambio de actitud, la irrupción violenta del realismo en la novela policial, proporcionó una imagen de la sociedad norteamericana implacable, severa y fiel; el género se hizo más duro, más cruel, menos sentimental. Ya no se trataba sólo de descubrir quién había matado a John Smith en su fiesta de cumpleaños, en el restaurante de moda, sino un entramado social y psicológico complejo y siniestro como la vida misma. Con los grandes maestros de la novela negra, más que el ¿quién fue? importa el por qué y a causa de qué fue.

Chandler imprimió a los diálogos una fuerza punzante, irónica, mordaz. Sus contrapuntos con los personajes femeninos —que luego inmortalizaría en la pantalla el genial actor Humphrey Bogart, contando muchas veces con el auxilio de la incomparable Lauren Bacall— crearon un nuevo tipo de seducción: una descortesía abierta, aparentemente desmitificadora, donde el elogio era una crítica solapada, y vi-

ceversa: la crítica podía ser la mejor manera de conquistar. Por supuesto, esto también fue una retórica, pero una nueva retórica. (Mistress Regan: "No veo que haya motivos para andar con tapujos —salto—. Y no me gustan sus modales". Marlowe: "Los suyos tampoco me entusiasman demasiado —dije—. Yo no deseaba venir aquí; usted me llamó. Me tiene sin cuidado que se haga la elegante delante de mí o que desayune con whisky. Tampoco me importa que enseñe las piernas. Son piernas preciosas y de gusto contemplarlas. Me importa un bledo que no le gusten mis modales. Son bastante detestables y lo lamento durante las largas veladas de invierno. Pero no intente sonsacarme". Raymond Chandler, "El sueño eterno".)

Por supuesto, en esta nostalgia por la época de la novela dura y sus personajes, o en la mistificación de Marlowe o Spade, aflora un romanticismo complaciente. Los antihéroos de la novela policial dura (esos detectives solitarios, fracasados, amargos pero sentimentales en el fondo, defensores de un orden muy poco convencional) son una imagen idealizada de usted y yo: su justicia no es la del mundo, aman a los débiles, a los marginados, tratan con rudeza a las rubias sofisticadas (que en el fondo casi nunca son malas muchachas) y beben copiosamente, porque están solos y ya no creen en nada. Como usted, como yo. Por eso, mucho más que detectives, son nuestros hermanos idealizados, y disfrutamos tanto cuando los vemos actuar, desganados y duros, con un cierto aire nostálgico. Han perdido la confianza en el mundo, y de noche, cuando regresan al hogar, juegan solos al ajedrez, porque aquello tampoco es un hogar: la soledad es su destino. Son la proyección romántica de nuestro propio desengaño. ■